



CONTEMPLACION DE LA PASION DEL SEÑOR  
 (à manera de diálogo Entre Cristo y el Alma)  
 siguiendo las Estaciones de la Via-Sacra.



*Alma.*

**D**ulce Jesus de mi vida,  
 humilde y manso Cordero,  
 que por mi amor padeciste  
 tantas penas y tormentos:  
 Señor, hacedme el favor,  
 que siga los pasos vuestros,  
 pues siguiendo vuestros pasos,  
 llevaré el camino cierto.  
 Ya veo, que me decís  
 por el sagrado Evangelio,

me niegue, y tomé mi cruz  
 y à vos os vaya siguiendo.  
 Negarme quiero, Señor,  
 y mi cruz tomo contento:  
 solo à vuestra voluntad  
 estaré siempre sujeto;  
 en vos resigno mis obras,  
 palabras y pensamientos.  
 Mostradme ahora el camino  
 que os dé mas gusto y contento;  
 que yendo por vos guiado

lle-

llegaré à seguro Puerto.

*Cristo.*

Alma, quieres que te enseñe  
el camino mas acepto  
que has de seguir cada dia?

*Alma.*

Ese es, Señor, mi deseo.

*Cristo.*

Pues ven à la Via-Sacra,  
que en ella contemples quiero  
los pasos de mi pasion,  
mis dolores y tormentos.

En la primera Estacion  
contempla, que estando preso  
baxo el poder de Pilato,  
mandó azotarme, y me dieron  
mas de cinco mil azotes,  
seis crüeles verdugos fieros,  
y con corona de espinas  
rasparon mi cerebro.

Pilato dió por sentencia,  
que à Jesus de Nazareno  
le diesen muerte de cruz.  
Alma, mira que ahora empiezo  
à padecer por tu amor.

*Alma.*

Ya, Señor, lo noto y veo.

*Cristo.*

En la segunda Estacion  
verás que me están poniendo  
la cruz al ombro, y à voces  
va diciendo un pregonero:  
esta es la recta justicia,  
que con Jesus Nazareno  
manda hacer Poncio Pilato,  
por revolvedor del Pueblo.  
Y de esta suerte me llevan  
con albororo y estruendo,  
porque acucia mucha gente  
à la voz del pregonero.

En la tercera Estacion  
contempla, como el madero  
de la cruz, pesaba tanto,  
que dió conmigo en el suelo;  
y que en lugar de ayudarme  
à levantar, aun me hicieron  
mil oprobios, y me ayudan,  
tirando de los cabellos.

Ven à la quarta Estacion,  
y verás como allí encuentro  
à mi soberana Madre  
con gran pena y desconsuelo.  
Y al ver mi Madre querida,  
me causó tan gran tormento,  
que à no aguardarme la cruz,  
quedara en sus brazos muerto.  
Sin hablarme se despide,  
que el dolor le tiene presos  
los acentos de la lengua,  
de que los ojos sirvieron.  
Contempla bien este paso.

*Alma.*

Ya, buen Jesus, lo contemplo.

*Cristo.*

Pues vesme siguiendo ahora.

*Alma.*

Voy en vuestro seguimiento.

*Cristo.*

Ven à la quinta Estacion,  
verás como un Cireneo  
alquilan, porque me ayude,  
à costa de su dinero.  
No por amor que me tienen,  
sino porque no sea muerto  
antes de llegar al monte,  
y se malogre su intento.  
Ven à la sexta Estacion,  
y verás que con un lienzo  
una piadosa Muger  
limpia mi rostro sangriento.

Tam-

Tambien verás que en tres partes  
mi rostro se quedó impreso,  
tres testigos que den fe  
de lo que voy padeciendo.  
En la séptima Estacion  
contempla, Alma, con afecto,  
me verás arrodillado  
con el peso del madero;  
y al quererme levantar,  
aquellos verdugos fieros,  
unos tiran de la sogá,  
otros de barba y cabellos;  
y al que me maltrata mas,  
tienen ellos por mas bueno,  
pues dicen que de ministro  
va la obligacion cumpliendo.  
Siguesme, Alma?

*Alma.*

Sí Señor,  
vuestros pasos voy siguiendo.

*Cristo.*

Te pesa mucho la cruz?

*Alma.*

A los principios fue el peso,  
mas ya se me hace liviana,  
Señor, porque considero  
la que vos llevais por mí,  
de tan excesivo peso.

*Cristo.*

Ven à la octava Estacion,  
y verás como salieron  
unas mugeres llorando,  
porque de mí se dolieron.  
Hjas de Jerusalem,  
les dixé, ese sentimiento,  
esa pena y llanto haced  
por vosotras è hijos vuestros:  
por mí el llanto es excusado,  
pues lo que voy padeciendo,  
no es por culpa que yo hice,

sino por pecados vuestros.  
En la novena Estacion,  
rendido caí en el suelo,  
por llegar tan fatigado  
con el peso del madero.  
Besé el suelo con mi boca,  
para que con este exemplo  
deseches, Alma, de tí  
los altivos pensamientos.  
Procuraron levantarme,  
lo mejor que ellos pudieron,  
porque de rendido estaba  
sin vigor, fuerza ni aliento.  
En la décima Estacion,  
contempla, que al redopelo  
la túnica me quitaron  
aquellos verdugos fieros:  
y como estaba pegada  
à las llagas que me hicieron  
en el cuerpo los azotes,  
las refrescaron de nuevo,  
y para templar mi sed,  
hiel y vinagre me dieron.  
Ven à la oncena Estacion,  
y verás que me tendieron  
sobre la cruz, y una mano  
me la clavaron, y luego  
la otra por encogida  
no alcanzando hasta el barreno  
con unos fuertes cordeles  
que araron al brazo izquierdo  
tirando, hicieron llegase,  
descoyuntando mi cuerpo.  
Pies y manos me enclavaron  
con duros clavos sangrientos,  
y aunque eran de duro hierro,  
mucho mas duro era el yerro.  
Camina catorce pasos,  
y verás donde pusieron  
el santo árbol de la cruz



con el fruto de mi cuerpo.  
Allí verás de Moysés  
la Serpiente en el desierto,  
que solo la vista daba  
salud al que estaba enfermo.  
Tambien verás de Abrahan  
sacrificado el Cordero,  
pues aquel solo fue sombra,  
y yo soy el verdadero.

Contempla como pedí  
perdon a mi Padre Eterno  
por los que así me agraviaban,  
para que tomes exemplo.  
Verás que mostrando sed  
de mas penas, me traxeron  
hiel y vinagre, que el hombre  
no tiene licor mas bueno.  
Dile à mi Madre por hijo  
à Juan mi querido deudo,  
y a Juan à mi Madre di,  
y mi alma al Padre Eterno,  
con que dió fin mi pasion.  
Alma, si contemplas esto,  
verás que he dado por ti  
mas que vale tierra y cielo.

*Alma.*

Yo ahora todos los pasos  
meditar, Señor, pretendo.  
En la casa de Pilato  
contemplo que como reo  
sufres cinco mil azotes,  
y taladrarte el cerebro.  
Eres sentenciado à muerte,  
te cargan un duro leño,  
ya vas con la cruz acuestas,  
y delante un pregonero.  
Ya te contemplo caido  
con el peso del madero,  
ya te encuentras con tu Madre,  
ya te ayuda un Cireneo.

F

Ya una piadosa Muger  
te limpia el rostro sangriento:  
ya te contemplo caido  
segunda vez en el suelo.

Ya à las mugeres consuelas,  
que ves por ti estar gimiendo:  
y tercera vez ya pones  
tu santa boca en el suelo.

Contemplo que te desnudan  
aquellos verdugos fieros,  
y que ya en la cruz te clavan  
con los clavos de mis yerros.

Contemplo que te levantan  
en la cruz, para que el pueblo  
te juzge por malhechor,  
siendo justo, santo y bueno.

Muerto, Señor, en la cruz,  
fue Josef con Nicodemus  
à baxar tu cuerpo santo,  
para procurar tu entierro,

y en los brazos de tu Madre  
María à ti te pusieron,  
y entonces siete cuchillos  
atravesaron su pecho.

Tu santo cuerpo llevaron  
à un sepulcro, que en un huerto  
Josef el de Arimatea  
tenia para su entierro.

Depositado en él fuiste,  
y aquí el mayor sentimiento  
fue de tu Madre, que triste  
se volvió à llorar sus duelos.

Resucitaste glorioso,  
triunfante subiste al cielo,  
y à la diestra de Dios Padre  
tomaste elevado asiento.

Por tu pasion dolorosa  
y muerte amarga, te ruego,  
me des tu divina gracia,  
que es la prenda para el cielo.

I

N.